

Retrato Francisco Sánchez

Francisco Sánchez Bautista es un poeta nacido en Murcia, que ha reivindicado sus raíces huertanas. Hasta la fecha ha legado una obra profunda y emocionante a la literatura de esta tierra.

Su trabajo de funcionario de correos le llevó a trabajar en Fortuna durante más de doce años.

Se identifica plenamente con sus agrestes paisajes y construyó gran parte de su obra a partir de la observación de sus congéneres y el duro medio en que vivían.

La poesía de Sánchez Bautista posee la belleza formal de los clásicos y el fondo social en los temas, propios de un poeta del siglo XX.

Su palmarés es extenso y variado. Su poesía gusta dentro y fuera de la región que le vio nacer. Es Premio de la Asociación de Libreros de la Región de Murcia; Premio Laurel de Murcia; Premio Marina; Premio Polo de Medina; Premio Poeta Antonio Oliver; entre otros. Existe un Premio de Poesía y una Asociación Cultural con el nombre de "Poeta Francisco Sánchez Bautista". El libro de poemas *Elegía y Treno* fue premiado como Libro Murciano del año 2000.

El 11 de mayo de 1982, entra a formar parte de la Real Academia Alfonso X el Sabio como académico numerario.

Esta asociación, que promueve el arte y la literatura murciana, tiene como académicos a las mentes más importantes de la Región. Como herramienta para la difusión, la academia publica una revista llamada *Murgetana*, de la cual Sánchez Bautista forma parte del Consejo de Redacción.

En el número 62 de esta revista aparece publicado un relato suyo de 78 páginas llamado "Una Arcadia perdida (La huerta de Murcia)" que contenía, entre otros relatos, su discurso de ingreso como académico. Podemos leer en sus páginas: Un mundo de labores, Al calor de las leyendas, Un río moribundo, Costumbres y tradiciones, 'Tuvo esta Arcadia su cultura', Vocabulario. Constituye su único relato en prosa y hace una semblanza del paisaje y las costumbres regionales.

También dirige y fue co-fundador de la revista de poesía *Tránsito*. Además se pueden encontrar publicaciones suyas en las más importantes revistas de poesía españolas e hispanoamericanas.

Francisco Sánchez y la crítica

En muchas ocasiones su figura ha sido comparada con la de Miguel Hernández. Ambos poetas poseen un nexo geográfico, pues Orihuela, cuna de Miguel Hernández, está

muy próxima a Murcia. Pero además la temática y el objeto de sus versos se desarrolla en varios medios comunes: el campo y la huerta, la dureza que sobrelleva su población, la adaptación de los ritmos vitales a las estaciones, etc. Ambos han sido definidos como poetas sociales del medio rural.

La poesía de Sánchez Bautista ha sido comentada por críticos como Leopoldo de Luis, Gonzalo Sobejano, Juan Cano Ballesta, Javier Díez de Revenga, Ramón Massoliver, Antonio Gómez Alfaro, Fernando Allué y Morer, Carlos Clementson, Miguel Espinosa, Luis Jiménez Martos, Enrique Marini-Palmieri, José Antonio Postigo, Jacinto López Gorgé, José López Martínez y otros muchos.

Se pueden encontrar múltiples reseñas a su obra dentro de las revistas especializadas y los Suplementos Literarios.

Poeta en la madurez

Francisco Sánchez Bautista tardó en darse a conocer, ya que sus poemas rara vez trascendían más allá de su círculo de amistades. El reconocimiento le llegó a la edad de treinta y dos años, con la publicación de su libro *Tierras de Sol y de Angustia*.

Lo publica en Barcelona en el año 1957 y vino a definir tempranamente el estilo que le acompañaría durante toda su obra. Por lo tanto puede considerarse, aunque sea su primera obra impresa, como la obra de su madurez.

Poeta de lo social

Sus siguientes obras recogen el testimonio de un campesino dolorido por la dureza del medio. Sin ser panfletario, *Voz y latido*, su siguiente libro, publicado en 1959, lo incluye dentro de las filas de la Poesía Social. En él demuestra tener un preciso conocimiento sobre la vida rural y una gran solidaridad hacia su entorno.

Elegía del Sureste, 1960, *Cartas y testimonios*, 1963, *la Sed y el éxodo*, 1975, ahondan en la sequedad y soledad de la tierra, metáfora de la vida dura y áspera de la posguerra. Considerado dentro de la generación de los niños de la guerra, su sensibilidad le empuja del lado de los maltrechos y los necesitados.

Pureza y clasicismo huertano

El dominio del lenguaje por parte de Francisco Sánchez Bautista estriba en sus múltiples lecturas de los poetas clásicos.

Totalmente autodidacta, el poeta de la huerta murciana recoge en sus versos la esencia del habla popular, sin caer en la afectación y sin hacer caricatura fonética.

Sus sonetos, de impecable concepción, incluidos en la obra *A modo de glosa*, nos hablan con sinceridad de las verdades humanas, la muerte, el amor, el paso del tiempo, quedan contenidos en sus precisos versos.

De su amplia y emocionante obra poética, destacan *Cartas y Testimonios*, *Razón de lo Cotidiano*, *Encuentros con Anteo*, *Del tiempo y la Memoria* y *Alto Acompañamiento*.

Su última obra en prosa hasta el momento ha sido una recopilación de las tradiciones, usos y costumbres que vivió y pudo ver en la huerta murciana. A modo de despedida a una realidad que desaparece, dedicó sus relatos de *Memoria de una Arcadia (la huerta de Murcia)*.

*Por mi sangre han crecido árboles altos
y vitales acequias, densos soles,
y si muerdo la fruta me estremece
su sustancia ancestral, su dulce origen,
y me crujen los dientes y me aflora
un hilo de saliva estimulante.*

*No he pisado otra cosa que esta tierra
de la que Tú me hiciste, y me subyuga
su cósmica atracción irresistible.*

Quiéreme un poco así si tal me has hecho.

*No desdeñes el barro que formaste
y al que infundiste aliento y le encendiste
una cálida brasa entre cenizas
que desde siempre le llamamos alma
por su eterna inquietud, ardiente, insólita.”*

(Francisco Sánchez Bautista)

2.

ARBOL

PRIMERO fue una binza,
una leve semilla que los pájaros
trajeron en su pico dejándola caer sobre la tierra.
después fue un incipiente
arbolillo de res hojas escasa
que cada primavera le añadía
unos palmos de savia a su estatura
entre unos tallos de apetecida fronda.
Y así creció creció entre los menudos
naranjos de maderas perfumadas
y estimulantes frutos agridulces.
Murieron los naranjos, los que en mayo
barbotean de abejas y de trinos.
Y al arisco granado y al ciruelo
que en derredor crecían de su peana
exhalando a los aires sus olores,
el hacha del pastor les dio exterminio
Y aquella sensación de paraíso
ni trasciende en el ámbito del árbol.
Miradlo ahora agigantado, hermoso,
solitario a la orilla del camino

musical, rumoroso, cimbreante,
junto a las aguas dulces y artesianas
que lo hacen más inmenso cada día.
¡Solo y sólido estás, árbol entero,
desarbolado, pero no vencido!
En tu erguida actitud, ¿a quién invocas?
¿Quizá recuerdas un lugar umbroso
en tu perdido Edén, donde Dios puso
árboles de tu igual bajo su cielo?
¿O el misterioso, originario bosque,
donde la voz del hombre aún no mentaba
palabras de amenaza como hachazo,
serrucho, corte, tala.....?

Lentamente

o los hombres o el tiempo, habrán de herirte
de irremediable muerte.
Pero el limpio, anchuroso, inmenso espacio
de sol y libertad, no vulnerado,
que ocupa tu presencia rumorosa,
al aire quedará, vacío en larga
y jubilosa espera
a que lo llene otro árbol venidero
con la misma prestancia que hoy tú te alzas.

TROVA DEL AGUA VIVA

**CRISTAL en la acequia,
Cristal en la fuente.**

El agua que pasa

No vuelve.

**Se miraba el chopo
su doble estatura:
mitad bajo el agua,
mitad en la altura.**

**Aireaba mayo
En los tallos tiernos.
El valle vibraba
de luz y jilgueros.**

**Jilguero, tú tienes
toda la arboleda,
y el agua que pasa,
y el agua que queda.**

-Dime, ¿tú qué tienes

corazón absorto?

**-Yo tengo un avaro
amor por lo hermoso.**

**TROVO DEL DESEO
IMPOSIBLE**

**ANTES que canto
rodado,**

**Hazme, Señor, árbol
grande,**

**hacia a Ti siempre
elevado.**

**Río, porque se hace
enorme**

**con su padre el mar; y
árbol**

**porque es libre allá en el
bosque.**

**Río y árbol: agua y
ramas.**

¡Señor, quitadles la sed

**A los viandantes que
pasani**

COMO SI HUBIERA SIDO EL PARAÍSO

SE ocultaba la casa entre las frondas
como si hubiera sido el paraíso,
y un denso olor de mayo se metía
hasta las más recónditas estancias
donde la luz se muestra más difusa
haciendo imperceptibles los objetos.
Ya tenían su amarillez la pera
y el meloso albarillo; ya los pájaros
recogían las plumas y pelusas
para mullir sus nidos; ya empezaban
los largos días que al verano anuncian.
Edén de mi niñez. Aquí se alzaban
los grandes olmos, los verdosos fresnos,
los chopos rumoreantes, las moreras,
la palmera perenne y los naranjos.
Aquí el agua lamía las orillas
de la humilde vivienda, aquellos muros
de piedra y argamasa; me sentía
pájaro o pez, si me asomaba al agua
o el aire alborotaba mis cabellos.
Me tumbaba en la yerba acariciante

a ver pasar las nubes, que formaban
grandísimas babeles en el cielo,
o manadas de toros pastoreando,
o pájaros inmensos, o dispersas
ovejuelas pastando sobre un prado
de deseada lluvia, allá en el cielo.
¿Caerá el basilisco sobre el monte?
-eso pensaba yo de aquellas nubes-.
¿Quién matará al dragón? ¿Será el barbado
dios del tridente y cabellera crespa?
¿Levantará su canto el gallo rojo
-las nubes formulaban vivas crestas
cuando el sol imprevisto las filtraba-
deshecho en un quíquiriquí pluvioso?
Y tras la lluvia, retornaba un cielo
hondo y azul, borrando las quimeras
que mi mente de niño había creado.

(Del tiempo y la memoria)

PRIMAVERA ENFERMA

¿DÓNDE están los frondosos macocanos,
las redondas moreras de mi tierra,
el esbelto moral donde los mirlos
anidaban en mayo?

Bellos árboles

de una Arcadia feliz, de una lejana
infancia protegida por los dioses
solariegos y eufóricos: mis tíos
y parientes cercanos a mi sangre.

Bajo la luz camino, mas me falta
la gracia del paisaje, aquella fronda
olorosa y vital que, con mis manos
adolescentes, apartaba un día
como este de abril, para perderme
en su alto mar de yerba acariciante.

De las cosas que ven, mis ojos dudan
e inquiere el corazón: ¿Sólo han bastado
unos años para sufrir el duro
impacto de esta muerte irremediable?
El río arrastra podredumbre, y pueblos

ribereños respiran los letales
vapores de las aguas corrompidas.

Mi patria era un cantar llegado marzo,
porque el hombre se daba a la intemperie
bajo un clima propicio a las labores.
Crujía la hoja ante el voraz gusano
que ya era esperanza de una seda
dorada al ojo y cariñosa al tacto.

No canta el verderol ni en el quijero
anida el ruiseñor como solía
por costumbre y amor, llegado mayo,
muellemente junto al frescor del agua.
Sus primeros borrones dan los árboles
en esta primavera trasquilada
y enferma hasta inquietarme.

¿Cómo ha sido
posible tanta ruina ecológica?

Pedanías de mi patria murciana,
¿qué modorra o sopor os ha cogido,
que ya en precario defendéis la vida,
con indolencia, lo que fue más vuestro?

Yo protesté por todo, pero ¿a nadie
le interesó mi voz, mi SOS?

Así nos va el presente, así nos viene
grande el asombro en esta primavera
que está mi tierra herida y olvidada
a este lado de España.

Ahora que el pueblo
tiene la voz que un día le prohibieron,
que la una en un clamor y la haga extensa
y profunda como su esencia misma;
que defienda lo suyo, que es la vida
de esta hermosa parcela amenazada
por la voraz codicia de unos hombres
que matan el futuro en su provecho.

Me lamento con aire de elegía
contemplando esta tierra que, entre todos,
la hemos desfigurado hasta dejarla
erosionada a muerte. ¿O estáis ciegos?

AÚN se dora la tarde de limones
mientras la acequia entre la yerba canta
y el pardo ruiseñor surge y levanta
el dormido caudal de sus canciones.

Porque es abril y el corazón lo pones
locamente a danzar y, alegre, aguanta
la deshora y la fiesta, pues le encanta
la estación del amor y las pasiones.

Tan sangre es uno, tan ardiente vida,
que quisiera romperse como vena
dulcemente alterada, o como herida

lenta y leve, que fluye, que nos drena
sin dolor y sin fiebre, repetida,
hasta darnos la muerte más serena.

(Del tiempo y la memoria, Ganado por la luz)

CUARTA ELEGÍA

IV

Lento maestoso.

El río era el meandro, el pez, el pando
discurrir de su nítida corriente;
caudal sobre caudal: un afluyente
que lo fue enriqueciendo y ensanchando.

El río era un rumor, un eco blando
y fluvial, salutífero, atrayente;
persuasivo doncel munificente
que de la cumbre al mar se fue ofrendando.

El río fue la verde cañavera,
el espigado junco, el sauce umbrío,
revistiendo de gracia la ribera.

El río fue el alegre griterío
de la avifauna, cuando el celo altera
por igual sangre y pluma: eso era el río.

(**Elegía y treno**, Libro segundo)

CXLIV

ELEGÍA

AHORA, padre mío,
no me llevas contigo a los frutales
de la humilde heredad, ni me señalas
el fruto arrebolado
como fuego incipiente entre las hojas
de los verdes haldares de los árboles.
Mayo llega vestido de albarillos
y moradas ciruelas. Y está el níspero,
agridulce, llenándonos la boca
de una blanda saliva estimulante.
Barroco y bien vestido está el paisaje
rumoreante de abejas y de avispas
a las puertas de junio el deseado.
Y llega la canícula y nos dora
levemente el paisaje; pronto, octubre
acortará los días, y mis ojos
han de buscar las ácidas manzanas,
los ásperos membrillos y los dátiles,
estas tardes de otoño, cuando llega
de nuestro mar un aire húmedo y denso
con promesas de lluvias deseadas.

Con los mínimos días de noviembre
vendrán los leves pájaros del frío
buscando la tibieza de los huertos.
¿Somos sólo nosotros diferentes
por la memoria, que nos hace tristes,
y ante el tiempo que pone en nuestra sangre
una gota de muerte para siempre,
como puso en la tuya, padre mío?

(Del tiempo y la memoria, Tiempo de elegía)

II

MI padre me llevaba de la mano
como se lleva a un niño revoltoso.
Sentía yo en mi sangre el vigoroso
latido de su pulso, hondo y humano.

Se adaptaba a mi edad como un hermano
obediente y menor. ¡Qué delicioso
y elemental mi mundo, nuestro hermoso
y limitado mundo cotidiano!

Aireaba mayo al fondo de las frondas,
y original y virgen apuntaba
el arrebol subido de las rosas.

Y, dulcemente, con palabras hondas
y gráficas, mi padre me explicaba
el porqué de la vida y de las cosas.

(Cargado voy de mí, Bajo el signo de la infancia)

III DEMASIADA raíz para ser vano
tiene este grave hombre de sencilla
y reposada vida.

 Cuando dice
acequia o tanda, el agua
perenniza bancales
y se pone la hierba reluciente
y airosa la palmera en su estatura.
y es la fruta un olor estimulante
que nos pone la boca tan melosa
como una miel de siglos.
¡Cómo trasciende a vida
su elemental palabra creadora,
la palabra que pone
lo más tierno del deajo en cuanto nombra!

Frondoso macocano
de codiciosa sombra
y mora comestible.
¿a quién tu verdor debes
si no a este tierno Anteo desvelado?

Si crece el limonero
y se pone el naranjo

espectante de fruto.
sólo tanta hermosura
al cuidado se debe
de estas manos mañosas en extremo.

De verde hasta los ojos.
de sol hasta la sangre,
inacabablemente alegre, canta
con una gravedad digna de elogio
las cosas cotidianas:
la primicia del pan, como paz única,
la floración frutal, el agua, aquello
que él vio nacer ayer y hoy ya es maduro
y enteramente hermoso
como si de un milagro se tratara.

Junto al solar la casa
donde el agua y el árbol
edifican los verdes más tonantes
para una sombra estiva.
La luz, recién amanecida, invade
las penumbras del huerto,
y el ruiseñor ya tiene
desde siempre su abril de gorgoritos

y defiende su nido
como una vida suya.

Henos aquí ante Anteo y su paisaje,
su clara toponimia inconfundible
de acequias desbordantes, las llamadas
Nelva, Aljada, Benetucer, Raal Viejo,
Aljufía y Alquibla,
donde el árabe tuvo arte y parte
sobre el claro equilibrio
de una trama de cauces
que definen al hombre y su contorno
con raíz de eternidad sobre las cosas.

(**Encuentros con Anteo**, Libro primero)

LOS FIOLENCOS Y EL GAVILAN

Con los intensos fríos
de diciembre y enero,
vinieron al amparo de un quijero
un tísico Andarríos,
un Gorrión, un Tintín y un Alfalfero
Llego al poco la ingenua Moscareta
haciendo de cuentista y de poeta,
(de <<poetisa>>, nada
enseñando una lúdica quarteta
en cuatro malos ripios sustentada.
Y ante aquellos cantares
que quitan el sueño al más pintado,
se alzó un Cantacañares
y le cantó zullido;<<Id con cuidado
que espía el Gavilán estos lugares>>..
Eso que oyó la friolencia tropa,
alas para qué os quiero;
(icualquiera con el Gavilán se topai)
aturdida dejó al punto el quijero.